

MES DE PREPARACIÓN PARA CONSAGRARSE A MARÍA SANTÍSIMA EN MATERNA ESCLAVITUD DE AMOR

Según San Luis María Grignon De Montfort

Séptimo día

Tratado: [60-67]



SEGUNDA PARTE - EL CULTO A MARÍA EN LA IGLESIA

Fundamentos teológicos del culto a María

San Luis María, después de haber hablado de la necesidad de la devoción a la Santísima Virgen, antes de empezar a explicar en qué consiste, presenta unas verdades que ilumina esta grande y sólida devoción.

Primera verdad.

Jesucristo, nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre, debe ser el fin último de todas nuestras devociones. De lo contrario, sería una devoción falsa y engañosa ya que Jesucristo es el *Alfa y el Omega* (Ap 1,8), *el Principio y el Fin* (Ap 21,6) de todas las cosas. Además “*no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos*” (Hech 4,12). El mismo Jesús nos dice que cuando el sarmiento no está unido a la vid

y se seca, solo sirve para ser arrojado en el fuego (cfr. Jn 15,6). Si en cambio estamos en Jesús y Jesús en nosotros, no debemos temer nada.

Si pues, establecemos una sólida devoción con la Santísima Virgen es solamente para establecer más perfectamente la devoción a Jesús siguiendo un medio fácil y seguro para encontrarlo. Si la devoción a María nos alejaría de Jesús habría que rechazarla como una ilusión diabólica. “Esta devoción nos es necesaria para hallar perfectamente a Jesucristo, amarlo con ternura y servirlo con fidelidad”.

El santo, denunciando el triste hecho de que la mayoría de los cristianos, y entre ellos también los más sabios, no conocen la unión que hay entre Jesús y su Madre, exclama dirigiéndose al Señor: *“Ella se halla tan íntimamente unida a Ti que sería más fácil separar la luz del sol, el calor del fuego, más aún, sería más fácil separar de Ti a todos los ángeles y santos que a la excelsa María: porque Ella te ama más ardientemente y te glorifica con mayor perfección que todas las demás creaturas juntas”*.

Muchos, también entre los católicos, creen que llevar a la gente hacia la devoción a María Santísima equivaldría a “quitar algo a Jesús”. Pero San Luis María refiriéndose a estos dice que “carecen de piedad y devoción tierna para con Jesucristo porque no la tienen para con María. Consideran el Rosario, el escapulario, la Corona como devociones propias de mujercillas e ignorantes, que poco importan para la salvación. De suerte que, si encuentran a algún devoto de Santa María que reza el Rosario o practica alguna devoción en su honor, procuran cambiarle el espíritu y el corazón y le aconsejan que, en lugar del Rosario, rece otras oraciones, exhortándolos a la devoción a Jesucristo en vez de la devoción a la Santísima Virgen”. Finalmente termina con una fuerte advertencia:

“No pretenda obtener misericordia de Dios aquel que ofende a su Santa Madre”.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de tener un gran deseo de ser grato a los ojos del Señor, y de tener como fin único de mis elecciones fundamentales la vida eterna, sin dejarme seducir por el espíritu del mundo.



3) **Lectura ¿Cómo combatir el mundo?** (De Antonio Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*).

b) Segundo propósito: Reavivar la fe. "La fe es la victoria que vence el mundo (1 Jn 5,4). "Iluminados por ella, debemos oponer a las falsas máximas del mundo las palabras de Cristo; a sus seducciones, las promesas eternas; a sus placeres y diversiones, la paz y la serenidad de una buena conciencia; a sus ironías y a sus desprecios, el coraje de los hijos de Dios; a sus escándalos y malos ejemplos, la conducta de los santos y la constante afirmación de una vida irreprensible delante de Dios y de los hombres". A la luz de esto podemos considerar dos textos bíblicos:

"El hombre natural no capta las cosas del Espíritu de Dios, son necedad para él. Y no las puede entender, pues solo el Espíritu puede juzgarlas" (1 Cor 2,14).

"La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, es fuerza de Dios. Y, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación" (1Cor 1,18.21).

Letanías de la Humildad

(Del siervo de Dios, cardenal R. Merry del Val)

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Cristo ten piedad – *Cristo ten piedad*

Señor ten piedad – *Señor ten piedad*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Óyeme*

Jesús, manso y humilde de corazón – *Escúchame*

Después de cada invocación, decir: Líbrame Jesús

Del deseo de ser estimado,
Del deseo de ser amado,
Del deseo de ser ensalzado,
Del deseo de ser honrado,
Del deseo de ser alabado,
Del deseo de ser preferido a los demás,
Del deseo de ser consultado,
Del deseo de ser aprobado,
Del temor de ser humillado,
Del temor de ser despreciado,
Del temor de ser reprendido,
Del temor de ser calumniado,
Del temor de ser olvidado,
Del temor de ser puesto en ridículo,
Del temor de ser injuriado,
Del temor de ser juzgado,

Después de cada invocación, decir: Concédeme oh Jesús

El conocimiento y el amor de mi nada,
La perpetua memoria de mis pecados,
La persuasión de mi mezquindad,
El aborrecimiento de toda vanidad,
La pura intención de servir a Dios,
La perfecta sumisión a la voluntad de Dios,
El verdadero espíritu de compunción,
La obediencia sin reserva a los superiores,
El odio santo de toda envidia y celos,



La prontitud en el perdonar las ofensas,
La prudencia de callar en los asuntos ajenos,
La paz y la caridad hacia todos,
El ardiente deseo del desprecio y de las humillaciones y de ser tratado
como tú y la gracia de saber recibir todo esto santamente,

Después de cada invocación, decir: Jesús, concédeme la gracia de deseáarlo

Que los demás sean más amados que yo,
Que los demás sean más estimados que yo,
Que en la opinión del mundo, otros sean engrandecidos y yo
humillado,
Que los demás sean preferidos y yo abandonado,
Que los demás sean alabados y yo menospreciado,
Que los demás sean elegidos en vez de mí en todo,
Que los demás sean más santos que yo, siendo que yo me santifique
debidamente,

Oh María, Reina, Madre, Maestra de los humildes, *Ruega por mí*
Oh todos los justos, santificados especialmente por el espíritu de
humildad, *Rogad por nosotros*

OREMOS.

Oh Dios, que resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes,
concédenos la virtud de la verdadera humildad, de la cual tu Unigénito
mostró a los fieles el ejemplo de su persona; para que no provoquemos
nunca tu indignación exaltándonos en el orgullo, sino más bien,
podamos someternos humildemente para recibir los dones de tu gracia.
Amén.